

en CUBA

ORIENTE

En Brazo Grande

LLEGO la hora decisiva en el destino inmediato de Cuba. El drama se ventilaba en el ancho escenario oriental. Los puntos de referencia geográfica se hicieron actualidad e historia. Mas allá del sinclinal del Cauto, en los límites con Camagüey, señoreaba la guerra.

La prensa se llenó de mapas. El lector aprendió a identificar la línea sombreada de la Sierra Maestra, extendida a lo largo de 250 kilómetros, desde cabo Cruz hasta el oeste de la bahía de Guantánamo. Al norte, "una página de incertidumbre y misterio" estaba el macizo del Cristal, con sus laderas de cuarzo.

De regreso a los nobles textos escolares se recordaron todas las características naturales de la región. Los ríos, que se abrían en abanicos aluviales, y las pendientes escarpadas, con valles profundos. La costa sur, cortada en farallones casi verticales, y la norte salpicada de cayos, ensenadas y bahías.

Ahora, el país entero, conmovido y tenso, miraba hacia Oriente. Lo contemplaba a la trágica luz de los últimos acontecimientos. Ya no era el monumento vivo de recuerdos gloriosos, ni la tierra alegre del ron o la estampa criolla de frutas, carnavales y pregones, que era un pedazo atormentado de la Patria. Oriente era el espejo de la guerra civil.

El desembarco en Cabonico marcó el comienzo de la sangrienta etapa. Los periodistas asistieron desde lejos al curso de las operaciones. Allegaron sus datos por testimonios de segunda mano. En los enfangados caminos que conducían a la zona beligerante los detuvieron en seco las patrullas militares. Tu vieron que plegarse sobre Antilla, Mayarí y Holguín.

Las versiones oficiales, en cuanto contenían de información y propaganda, se ajustaron a las declaraciones de los dos expedicionarios capturados. En el "Corinthia" habían arribado veintiseis hombres en pésimo estado físico. Apenas en tierra tomaron la ruta de la Sierra del Cristal.

Los pescadores que presenciaron la llegada del yate y que intervinieron en el alijo relataron las cosas de manera distinta. Los contingentes rebeldes fluctuaban entre

100 y 150 hombres. Venían armados con fusiles de mirilla telescópica y algún material pesado. En los bohíos canjearon paquetes de leche en polvo por alimentos frescos.

El lunes 27, habían sido vistos cruzando el río Levisa. Marchaban en tres columnas, cada una integrada por unos cincuenta rebeldes. Vestían uniformes color olivo y estaban tocados con gorras semejantes a las de la Infantería de Marina norteamericana.

El régimen volcó su poderío militar en la región norte de la provincia. Fuerzas aerotransportadas de Camagüey y La Habana reforzaron al Regimiento 8. La Aviación, aprovechando las brechas de buen tiempo, rindió amplias jornadas de reconocimiento. En una oportunidad se reportaron bombardeos y ametrallamientos sobre los núcleos insurrectos.

En su cuartel general de Holguín, el coronel Fermin Cowley y su plana mayor planificaron la estrategia de la campaña. En el mapa se marcaron los puntos de acceso a la cordillera y cuantos sitios podían brindar abrigo y campamento a los expedicionarios. Sobre el terreno se apostaron tropas en cayo Sactia, Loma la María, Dos Bahías, Brazo Grande, Dos Bocas, Pozo Redondo, El Prado, Río Levisa y Río Prado.

Se trataba de una operación envolvente encaminada a empujar a los insurgentes hacia el grueso del Ejército. Se sabía que los legionarios del "Corinthia" carecían de provisiones de boca. La Sierra del Cristal, rica en hierro, níquel y maderas, no ofrecía idéntica variedad de recursos que las montañas del sur. No había fauna ni sembrados.

La única aguada que podía serles útil quedó bloqueada. El panorama inhóspito conspiraba contra los rebeldes, anulando las ventajas de la sorpresa. De otra parte, por razones que permanecían en el misterio, uno de los grupos no parecía haber avanzado con suficiente rapidez para ganar las cuevas y el monte. Tal vez les faltaron prácticos y se movieron sin rumbo fijo, en tanto la trampa mortal se iba cerrando.

El miércoles 29, un lacónico parte oficial anunció que en un lugar conocido por Brazo Grande se había producido el choque. El Ejército no sufrió bajas. Habían sido muertos Calixto Sánchez White, Sergio Guerra Cabrera, José Suaño, Juan Gutiérrez, José Fornés, Jorge Prieto Ibarry, Luis Vázquez

Roque, Cleto Collado, Ernesto Collazo Baena, Humberto Vinet Agüero, Joaquín Ferrer de Blanck, Gustavo Ferrer de Blanck, Hubert de Blanck, Pedro P. González Mir, Jesús Miguel Iglesias, Roberto Martínez Riverón y Saúl Delgado Iriarte. No hubo heridos ni prisioneros.

No había sido posible establecer las circunstancias del combate. El trágico desenlace tuvo lugar a la sombra de unos naranjales, acaso cuando los rebeldes, acosados por el hambre, descuidaron la vigilancia y protección. Calixto Sánchez cayó de bruces, con las piernas cruzadas. Sus compañeros quedaron esparcidos en un reducido perímetro. Algunos tenían los rostros deshechos por las balas.

En su despacho de la Jefatura del Regimiento 8, el coronel Cowley explicó a los periodistas la forma en que se desarrolló la acción. El corresponsal de "Avance", Orlando Almanza, insertó una pregunta cargada de extrañeza. ¿Cómo era posible que los expedicionarios, muchos veteranos de España, Corea y la segunda guerra mundial, no hubieran aplicado sus experiencias bélicas?

Explicación de Cowley:

—No es lo mismo venir a pelear a Holguín...

Los cadáveres fueron trasladados al pequeño cementerio de Cabonico. Se repitieron las patéticas escenas de Niquero, en diciembre del año anterior. De Holguín llegó Rogelio Fornés. El nombre de su hermano aparecía en la relación de las víctimas. Uno a uno fue destapando los cuerpos acribillados.

A cada identificación negativa se detenía unos instantes. El juez de Mayarí, los médicos forenses, periodistas y vecinos hacían de silenciosos testigos del drama. A medida que avanzaba la macabra teoría de muertos aumentaba la expectación. Juan José Fornés Piña era el décimoquinto cadáver.

JJFP ostentó el grado de sargento en el Ejército norteamericano y combatió en Corea. Lo enteraron en Holguín. El cortejo marchó silenciosamente, bajo custodia de policías y soldados. Nadie despidió el duelo. Al cerrarse la tumba, los asistentes se disolvieron calladamente. Una inmensa sensación de temor y pesadumbre se expandió sobre la ciudad de Calixto García.

Los hermanos Ferrer de Blanck fueron reclamados por un familiar residente en Chaparra. El periodista Homero Delgado arribó dema-

siado tarde para ver por última vez a su hijo Saúl. Así le pasó a la madre de Jesús Miguel Iglesias, el más joven de los insurgentes caídos en Brazo Grande. Sólo contaba veinte años.

En el Juzgado de Instrucción de Mayarí quedaban en depósito las prendas y documentos ocupados: pasaportes, carteras dactilares, cartas, relojes, pulseras de identificación. Otros objetos adquirían un triste valor de recuerdo. Eran retratos de madres, hijos, esposas o novias. Había estampas religiosas, oraciones, un pequeño crucifijo de plata. Aquí y allá se advertían manchas de sangre y agujeros de balas.

Que la contienda civil que azotaba a Cuba continuaba siendo noticia internacional lo probó la presencia de un corresponsal de la Columbia Broadcasting System. El reportero estadounidense venía a buscar nuevo material para otro capítulo en "la historia de los combatientes cubanos de la manigua".

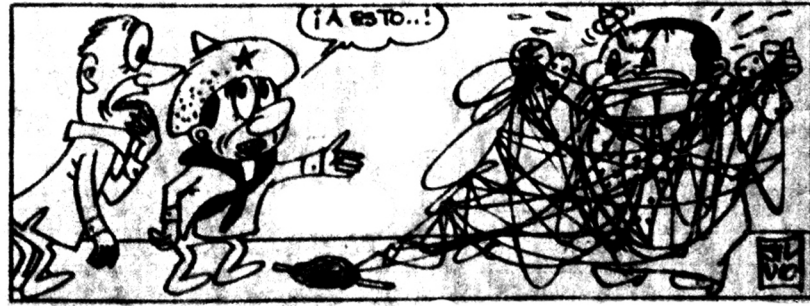
Todas las informaciones señalaban a Calixto Sánchez como líder de los revolucionarios. CS había nacido en Glasgow, Escocia, en 1924. Era hijo del diplomático cubano Calixto Eugenio Sánchez Agramonte, de prosapia mambisa. Sus primeros años transcurrieron entre Cuba y Nueva Orleans, donde cursó parte de sus estudios.

Durante el conflicto mundial, CS vistió el uniforme del Ejército canadiense. El histórico día "D" desembarcó en las costas de Holanda, formando en los efectivos del mariscal Montgomery. Terminó la guerra con el grado de sargento y varias menciones de honor por "valor probado en el campo de batalla".

De regreso a la Isla, ingresó en la Compañía Cubana de Aviación, vinculándose a la lucha sindical en los cuadros de la Federación Aérea. Se le consideraba hombre de confianza de Eusebio Mujal. No obstante, de manera sorpresiva, las investigaciones del SIM y el DI lo involucraron en el movimiento insurreccional del 13 de marzo. En aquel minuto preñado de peligros, la intervención del Secretario de la CTC logró que se le permitiera ausentarse del país.

A los pocos días vio la luz un manifiesto suscrito por el Directorio Revolucionario. Allí se analizaban los factores que determinarían el fracaso del audaz asalto a la mansión ejecutiva y se hacían inculpaciones a Calixto Sánchez. En

EL REYECITO CRIOLLO por SILVIO



tre los firmantes aparecían Fructuoso Rodríguez, Machado, Carbo Servía y Westbrook. El documento, rubricado con sangre, cobró contornos de testamento político.

La expatriación, azarosa por sí misma, se hizo doblemente amarga para el antiguo dirigente de los aéreos. En una breve carta dirigida a Kuchilán rechazó los cargos. Su réplica traslucía una angustiada preocupación. No era posible polemizar con muertos.

En Miami se le vio solo, callado, ausente de las usuales tertulias de exilados. En una ocasión afrontó incidentes personales. En círculos amigos desahogó sus íntimas motivaciones. Lucía moralmente deprimido. De pronto pareció animado.

—Voy a demostrar que esas acusaciones son injustas —se le oyó decir—. Yo no rehuyo el peligro. Su presencia a la cabeza de los rebeldes del "Corinthia", respondió tanto a convicciones políticas como a reto personal a las impugnaciones y sospechas. Su experiencia militar le permitía valorar los riesgos, casi suicidas, de la aventura. El 20 de mayo, con un pie en la cubierta del yate, Calixto Sánchez escribió una misiva a su hijo de seis años. El mensaje de despedida, patético y a la vez sencillo, desbordaba honda calidad humana. Rezaba así:

—Querido Calixtico: Con apenas unas horas para escribirte te hago estas líneas. Comprendo que eres muy pequeño para comprender ciertas cosas, pero algún día te darás cuenta lo que significa luchar por ideales hasta el punto de ofender la vida por una causa.

—No te dejo nada que pueda tener valor material, pero como herencia te queda el recuerdo de tu padre, que luchó y mantuvo una vida honesta. Quiero que cuando seas mayor sigas ese ejemplo, no podemos pasar por la vida sin haber contribuido en algo útil a la sociedad.

—Estudia mucho que los conocimientos te harán falta para desenvolverte en la vida, sé buen hijo y ante todo, cubano. Creo tener buenos amigos cultivados en años de lucha, si algún día los necesitas acude a ellos sin vacilaciones.

—Que Dios te guarde y me dé la oportunidad de verte de nuevo. Te quiere tu padre con toda el alma, Calixto.

Un reportero de EN CUBA visitó a la madre y a la viuda del jefe insurgente en su residencia del reparto Billmore. Helen White, tipo inconfundible de mujer inglesa, tez blanca y ojos azules, habló del hijo muerto. Los sollozos le quebraron la voz.

—Mi hijo era un hombre de honor. Desde el mismo 10 de Marzo estuvo frente al régimen prestando numerosos y abnegados servicios a la causa de la revolución.

La viuda aportó detalles de singular importancia. Por encima de su pena, mostró interés en esclarecer responsabilidades. Se le llenaron de lágrimas los ojos al relatar la despedida, en el pequeño apartamento de Miami. Era el sábado 18. La expedición partiría la madrugada siguiente.

—Yo quiero que tú digas, le recomendó su esposo, que a mí no me ha traicionado nadie; que Pío nada tiene que ver con nuestra empresa. Esto es sólo idea mía.

La joven hizo un esfuerzo para ordenar los tristes recuerdos:

—Me dijo que era un deber que tenía que cumplir de todas formas. Que si nadie quería acompañarlo, vendría solo. En el "Corinthia" no llegaron más que veintisiete o treinta personas. No tenían piloto,

sino un maquinista que, posiblemente, formaba parte de la expedición.

El emisario de esta Sección no quiso prolongar la entrevista. Ya de pie, la madre, con el dorso de la mano se secó el llanto:

—Si tuviera veinte hijos más los daría a la causa de Cuba! Yo soy inglesa y repito las palabras de Winston Churchill: "¡Ojo por ojo y diente por diente!"

El régimen anunció el fin de la campaña en el norte de Oriente. Según los partes oficiales, deducidos los muertos y presentados, sobrevivía un exiguo grupo de no más de media docena de rebeldes, activamente perseguidos por la fuerza pública. Se dijo que las tropas retornaban a sus respectivos mandos.

Las zonas revolucionarias en los Estados Unidos impugnaron los cálculos aritméticos del estado mayor y barajaron la cifra de los expedicionarios en términos de cientos. De otro lado, subsistía el rumor, avalado por el testimonio de campesinos y pescadores, que había ascender a más de 100 los insurgentes del "Corinthia".

La ciudadanía acogió con reservas ambas afirmaciones. A través de siete meses había asistido al contradictorio y confuso itinerario de la Sierra Maestra, mezcla de realidades, infundios y leyenda. No había razones para pensar que la verdad, distorsionada o cubierta de velos en la cordillera sur, alumbrara sin cortapisas en las alturas del Cristal. Por el momento se abría otra incógnita.

Los prisioneros Guerra Calderón y Rodríguez Arenas formularon nuevas declaraciones. Culparon a Carlos Pío de la triste suerte de sus compañeros. Los dos, en trance de arrepentimiento, exhortaron a los jóvenes para que no intervinieran en empresas semejantes.



EMBARCA ANGEL COFIÑO

El dirigente máximo del personal de Plantas Eléctricas, Angel Cofiño, en los momentos de despedirse de sus familiares. "Conminado a salir de Cuba" —fueron sus palabras— el líder obrero besa a su anciana madre, Martina García, viuda de Cofiño, en el aeropuerto de Rancho Boyeros. Acompañado hasta el avión por un funcionario de la Cancillería, y prácticamente exilado, por consiguiente, su salida del país ha sido la culminación de un largo conflicto creado por los altos jerarcas de la CTC en el más importante servicio público de la Isla, que registra numerosos trabajadores presos, múltiples incidentes, apagones a granel, un juicio en el tribunal de Urgencia habanero y, sobre todo, el sensacional atentado de Suárez 222, que mantuvo paralizado el corazón de la capital casi 3 días. Anunció Cofiño, antes de partir, que la lucha de sus compañeros seguía en pie y que plantearía su caso en la próxima reunión de la Organización Internacional del Trabajo, (OIT).

EN CUBA

Luego de la apelación, ingresaron en el vivac de Holguín.

A 800 kilómetros del área beligerante, los voceros del marxismo exaltaron la victoria militar de los naranjales de La Marea. El representante Díaz Balart, en su espacio de CNC Reloj de Cuba, rindió tributo de admiración al coronel Fermín Cowley "por haber liquidado," definitivamente, gloriosamente, en tiempo record, las operaciones en la Sierra del Cristal."

—El coronel Cowley —expresó RDB— nos informó de la actuación de los hombres a su mando, en la tarea de persecución y exterminio de los mercenarios del "Corinthia".

Se entusiasmó al describir la gesta del jefe militar de Holguín, al mando del Regimiento 8, y los batallones de refuerzo de Camagüey y de La Habana. No regresó a su despacho hasta haber aniquilado a los dieciséis expedicionarios.

—Subió a los montes áridos de la Sierra del Cristal —continuó la reseña— —y permaneció al frente de sus hombres, junto a ellos, como un soldado más, y se olvidó de comer, de dormir y de descansar para continuar con su ideal clavado en el corazón... Sufrió traumas serios en una pierna, pero continuó peleando, cumpliendo con su deber ante la admiración de sus soldados enardecidos por el ejemplo magnífico. Y el coronel Cowley se quedó sin zapatos, porque los suyos fueron destrozados por las rocas, pero continuó descalzo, con los pies heridos, hasta que estableció combate y exterminó al jefe insurrecto y sus principales hombres.

Lo más significativo en el editorial transmitido por el líder parlamentario del PAP era el énfasis con que insistía en la palabra **exterminio**. Era un anticipo de la guerra total que se avecinaba.

Las "Circunstancias Ambientales"

Característica terrible de toda contienda civil: no existía diferencia entre el frente y la retaguardia. La lucha en el campo y en los montes se extendió a las ciudades, con parejo encono. Al terrorismo se respondió con terror, y al terror se replicaba con más terrorismo. Continuaba el diálogo siniestro de la dinamita y el plomo. Ya casi no había marginados de la querrela. La beligerancia venía impuesta por imperativo del ambiente.

Santiago de Cuba estaba en el centro del vórtice. La vieja ciudad de los Maceo era un símbolo atormentado de la hora. Su tragedia era un reflejo del cuadro de Oriente, como Oriente, a su vez, daba la tónica del minuto de Cuba.

La capital oriental sugería la visión de Argelia o de Nicosia, en Chipre, en los días de la ofensiva de la Eoka. Los jeeps militares patrullaban las calles. Los comercios estaban desiertos y apenas se veían transeúntes. En las noches, nutridas de apagones, rompían las bombas.

El viernes 24, estallaron tres petardos, uno en la calle Capdevilla, al fondo de la iglesia de San Francisco, otro en la calle Quinta, del Reparto Sueño, en lugar próximo a la Escuela Nueva, y el tercero, en el patio de la planta eléctrica, frente a la Jefatura del Distrito Naval.

Al siguiente día, tomó posesión del cargo de supervisor de la Policía Nacional el teniente coronel José María Salas Cañizares. En la práctica, asumía las funciones de comandante militar de la plaza, con jurisdicción sobre las fuerzas combinadas de la Policía, Marina y Ejército.

La violencia acrecentó su ritmo y Santiago quedó bajo la ley marcial, aplicada oficiosamente. Los soldados bloquearon los accesos a la ciudad. En la carretera central, los vehículos eran cuidadosamente registrados. En las rutas del Morro, Aeropuerto, Ciudadamar y El Caney se cerró el tránsito.

—No se puede pasar. Den la vuelta, era la orden de los centinelas.

El sábado transcurrió en un agudo clima de zozobra, con la parálisis, casi total, de las actividades comerciales. La ciudadanía se recogió en los hogares. Las puertas y ventanas se cerraron herméticamente. Por las calles se movían lentamente los carros patrulleros, tripulados por miembros de los tres institutos armados.

A las nueve de la noche se inició una acción represiva. Cuantos, curiosos o frívulos, pretendieron ignorar el estado de excepción tuvieron oportunidad de conocer de cerca el rigor de las medidas implantadas. Los establecimientos públicos, los parques, las plazas, fueron violentamente desalojados.

—¡A dormir todo el mundo!

Los golpes sustentaban el orden conminatorio. La fusta, la bota y el vergajo dejaron desiertas las cantinas, derribando mesas y sillas. La ofensiva alcanzó hasta el Paseo de Martí, Alameda Michaelson, Calzada de Cimatina, en los cafés Triana, La Palma y Rialto, en el parque Céspedes, por Estrada Palma, por las plazas Dolores, La Libertad, Serrano y Crombet.

Las agresiones no distinguieron clases sociales. Abarcaron por igual a los noctámbulos alegres de tragos y electrolas, como a los vecinos apacibles que fueron sorprendidos fuera de su domicilio. En el raid fue detenido el joven Antonio

Alomá Serrano, que regresaba de una convención de empleados de la Coca Cola. Era hermano de uno de los insurgentes del M-26-7 que perecieron el 30 de noviembre.

La luz del nuevo día no marcó una tregua. A las 12:30 del lunes 27, el jovencito Orlando Martínez, mensajero del periódico "Diario de Cuba", transitaba por la esquina de Santa Rita y Carlos Dubois. Bajo el brazo llevaba un pequeño paquete conteniendo flores y yerbas aromáticas. A sus espaldas, con seco frenazo, se detuvo un Jeep.

Antes de que pudiera percatarse de lo que sucedía ya había recibido una inmisericorde porción de bofetadas y puntapiés. La cajita con su inofensivo contenido, quedó aplastada sobre la acera. El muchacho, medio aturdido, quiso mostrar su carnet de trabajo como medio de identificación. No le hicieron caso.

—Nosotros no somos de aquí ni conocemos a nadie, le gritaron. Somos refuerzos de Camagüey y vamos a ver dónde están los guapos de Santiago... conque corre por ahí.

El corresponsal de "Información", Alvarez Lasso, describió así los hechos:

—Policías, soldados y marinos recorrieron las calles, golpeando a los ciudadanos que se hallaban en las calles, obligando a desalojar cines, establecimientos comerciales y clubes de recreo. Poco después se inició el patrullaje de la ciudad, observándose el paso de camiones cargados de tropas.

La ofensiva no se limitó a los peatones. Los automóviles eran detenidos y bajados violentamente sus ocupantes. En la avenida Victoriano Garzón, un representante a la Cámara, del PAP pasó por los sinsabores del registro, el chequeo y las crudas interjecciones. De quererlo, tenía valiosos elementos para ilustrar a la Comisión de Libertades Públicas de la Comisión Bicameral.

En las primeras horas de la mañana del martes 28 un camiónero trajo una noticia escalofriante. Cuando se dirigía de Mar Verde a Santiago, a unos tres kilómetros del entronque con la carretera a la refinería Texaco, entre unos matorrales, había visto los cuerpos ensangrentados de dos hombres.

La nueva del hallazgo conmocionó a Santiago. Aun antes de verificarse la identidad de los muertos, en susurro, se establecieron hipótesis sobre quiénes podían ser las víctimas. Se trataba de Roberto Lamelas Font, de treinta y tres años, y Joel Jordán Cause, de veinticinco. Les habían roto el cráneo a tiros. Restos de masa encefálica salpicaban las yerbas.

Había más: Oriente había conocido el horror del plomo, la soga y el mar. Ahora, para acentuar la sevicia, se recurría también al machete. Lamelas había recibido un tajo en la cabeza, con hundimiento del frontal. Una bala le vació el ojo izquierdo.

Los periodistas interrogaron a los vecinos. Hombres y mujeres, con expresión de pánico en el fondo de los ojos, movieron la cabeza negativamente. Hablaron con acento de súplica.

—No vimos nada... No sentimos nada... no sabemos nada.

Con angustia:
—No pregunten más, por favor... Alguno más audaz admitió que había escuchado numerosos disparos y luego el motor de un vehículo arrancando a gran velocidad, con dirección a Santiago. Por supuesto, permaneció encerrado en su hogar. Por la mañana, tras la noche cargada de insomnio, no se

EL DIA DE LA LIBERTAD DE PRENSA

COINCIDIENDO con la salida de esta edición de **BOHEMIA**, los órganos dignos del periodismo americano celebran el Día de la Libertad de Expresión. Para esta fecha, la SIP ha prescrito una conmemoración sencilla y simbólica: en los países donde los derechos de la noticia disfruten de irrestricta libertad, los asociados se reunirán para celebrarlo y comunicarlo a las oficinas de la Sociedad, para su ejemplar divulgación entre los demás del hemisferio; aquellos otros donde la tijera del censor, el índice del gobernante o la mordaza del funcionario coartan, desvían o ahoguen la verdad cotidiana, el silencio será la respuesta y servirá como táctica acusación contra los enemigos de la palabra impresa. "El 7 de junio", advierte a todos el boletín de la SIP, "debe ser día de recuento: alborozada reunión de unos, muda denuncia de los otros, ejemplo y esperanza para la opinión americana".

Son perfectamente conocidas —pues en la última conferencia del consejo de directores de la SIP, efectuado en Costa Rica, se hizo constar el hecho— las naciones de América donde estarán ausentes los júbilos del periodismo independiente. Una bruma de hipocresía, de vergonzoso ocultamiento, de abyecta sumisión a las tiranías mantiene eclipsado al pensamiento y la información en Venezuela, Santo Domingo, Nicaragua y Paraguay. En cambio, constituye brillante compensación el ejemplo dado por rotativos como La Prensa, de Buenos Aires, y El Tiempo, de Bogotá, auténticos vencedores en una tensa e implacable contienda con los autócratas Perón y Rojas Pinilla. La lucha desigual entre el periodismo, aparentemente frágil y el despota, rodeado de armas y aduladores, la sustancia siempre la historia en favor del primero. Así ha ocurrido y seguirá ocurriendo.

Para **BOHEMIA**, que tiene a orgullo no haber abatido jamás su "trinchera de ideas" a los pies de opresores circunstanciales, el Día de la Libertad de Prensa es festividad propia. Sólo se lamenta de que aun permanezca vigente, en lo que respecta a Cuba, el acuerdo adoptado por la reunión de San José: eliminar de su lista de honor, sin mención expresa contra ellos, a los estados americanos en los cuales exista alguna restricción, por relativa y particular que fuere, que empañe el ejercicio de esos derechos, que deben ser plenos para resultar efectivos. Pues si alguna nación del continente merece, por la fuerza irrefragable de sus tradiciones democráticas y por la excepcional calidad de su prensa, figurar en primera línea del periodismo, es la cubana. Y nada podrá evitar que conquiste ese puesto a su debido tiempo.

atrevió a investigar, dejando a otros la responsabilidad del hallazgo.

Horas después aparecieron otros dos cadáveres. Estaban al final de la calle 13, del Reparto Vista Alegre, en la zona residencial denominada Rajayoga, al borde de una sucia zanja. Un torrencial aguacero demoró el levantamiento de los cuerpos. La lluvia, generosamente, les limpió la sangre de la cara.

Fueron identificados en el necrocomio. Uno era Salvador Rosales Clavijo; otro, Orlando Pérez Badel. De los cuatro asesinados, Lamelas y Pérez Badel habían sido envueltos en acusaciones de tipo insurreccional. Lamelas estuvo involucrado en una ocupación de armas, siendo absuelto por el Tribunal de Urgencia. Más tarde, el SIR lo señaló como autor de la tortura y muerte del niño William Soler Ledea. La propia madre del adolescente victimado rechazó la imputación.

En cuanto a Pérez Badel, hacia apenas una semana que el Juzgado de Instrucción lo había dejado en libertad, considerando inconsistentes los cargos que le hacían como presunto cómplice en el atentado al cabo Gallo. OPB trabajaba en el garaje de donde fue sustraído el auto que se empleó en la agresión al militar.

El telegrafista Lamelas Font, activamente buscado por los agentes de los cuerpos represivos, se había ocultado en el domicilio de una ancianita amiga de su familia, en Tres Cruces y Trocha. Según los allegados a RLF, la noche del lunes la casa fue asaltada por los miembros de un carro patrullero color olivo. Lamelas fue violentamente arrancado de la cama.

—Vamos, levántate, que se te acabó el escondite...

El padre de Jordán Cause, empleado del Juzgado Municipal de El Caney, relató una historia parecida. A la medianoche tocaron a la puerta. Demoró en abrir y violentaron la cerradura a culatazos. El joven no tuvo ocasión de escapar. A empellones lo sacaron de su domicilio.

—Te tocó a ti, negro, fue el regocijado comentario de uno de los captores.

El círculo del terror se cerró en torno a Santiago de Cuba. Se sabía de otros ciudadanos, hasta el número de siete, que habían desaparecido. Los abogados que actuaron como letrados de la defensa en el juicio de la causa 67 se ocultaron. Se rumoró que los doctores Lucas Morán y Raúl Díaz de Villavilla eran buscados. Posteriormente, la esposa del primero denunció que LM había desaparecido cuando se dirigía hacia la capital. Al cierre de esta edición, nada se sabía sobre su paradero.

Se hizo notorio que el coronel Salas Cañizares había iniciado la persecución de Frank País, Lester Rodríguez, Carlos Serrano y Vicente Ricard Paials, absueltos en el proceso por el alzamiento del 30 de noviembre. ¿Motivos? Se decía que proyectaban un *putsch* sincronizado con la ofensiva de los rebeldes de la Sierra.

Por encima de los peligros y amenazas, Santiago levantó su voz de condenación y protesta. El documento, suscrito en aquella atmósfera de espanto, cobraba singulares caracteres. Ninguna de las instituciones consultadas hurtó su firma. Era una exposición dirigida al Presidente de la República y a

los Ministros de Justicia, Gobernación y Defensa.

El tono conjugaba la sobriedad con el vigor:

—Las instituciones que suscriben expresan por este medio su enérgica e indignada protesta contra el régimen de terror impuesto en esta ciudad desde el pasado domingo 26 del corriente.

—Ciudadanos pacíficos e inermes son golpeados brutal e indiscriminadamente por los agentes de la autoridad en parques, calles, establecimientos públicos y otros sitios durante las noches y a veces de día, sin causa ni justificación alguna.

—Cuatro jóvenes, detenidos por individuos que se identificaron como miembros de los cuerpos de seguridad, aparecieron asesinados.

Con ejemplar entereza:

—Nuestra condenación al terrorismo no excluye el que se practica por quienes, en razón de la autoridad de que han sido investidos, están como nadie obligados a respetar y velar porque sean respetados los derechos individuales que la Constitución, presentemente y en absoluta y plena vigencia, garantiza a todos los ciudadanos.

Y el párrafo final, un retrato del panorama santiaguero en mayo de 1957.

—Demandamos, en cumplimiento de un inexcusable deber cívico, el cese de la ola de violencia desatada contra la ciudadanía, cuyo índice de seguridad es tan precario que nadie está a cubierto de ataques a su integridad, ni de día ni de noche, ni aun en el seno de su hogar.

La relación de las entidades firmantes y sus representativos era como un corte seccional de la sociedad cubana, herida por un estado de cosas contrario a los más elementales principios de convivencia civilizada.

La respuesta estuvo a cargo de "Santiaguillo" Rey, uno de los ministros emplazados. De un lado, la naturaleza autoritaria de la réplica se ajustaba a su tesis política de mano dura y puño recio. Del otro, Verdeja y Camacho Covani habían llenado su turno en recientes polémicas con la región de Oriente.

Parecía suerte del marxismo el pugnar con la tierra de los Maceo, debatiendo con sus montañas, sus instituciones y sus jueces. Al titular de Defensa, por la añeja seriedad que le otorgaban sus años, le tocó desmentir la entrevista de Herbert Matthews, jefe de los editorialistas del "New York Times", con Fidel Castro, aseverando que aquí no estuvo allí ni Fidel estaba allí. Todo había sido una fantasía periodística y una hábil composición fotográfica.

La intervención del otrora cordial "Lulú" era mucho más reciente. En el reparto de responsabilidades le asignaron el promover el expediente contra el fiscal Mendieta Echevarría y la querrela contra el magistrado Urrutia Lleó. Hubiera sido pedirle demasiado que aprobara públicamente la ola de terror desatada en su ciudad natal.

El villareño cultivó un tono agrio. Ni siquiera recurrió a las famosas "circunstancias ambientales" de Rivero Agüero, destinadas a enebriar y justificar todos los excesos. A los que solicitaban protección y garantías, SR contestó con acusaciones y amenazas.

El primer renglón en el pliego de cargos contra la ciudad insu-misa era el de "silencio culpable". Según su decir, no habían condenado el asalto al Moncada, la agresión a los agentes del orden. No se había movido la sensibilidad de las

instituciones signatarias del documento para condenar el terrorismo, el incendio de escuelas, el ataque a los colegios religiosos.

El siguiente párrafo era de expresa denuncia y acusación concreta:

Ni se ha movido su sensibilidad para la condenación del terrorismo, que casi diariamente ha tenido manifestaciones en la capital de Oriente; y no solamente cuando la dinamita ha sido utilizada para destruir la propiedad y aratar de sembrar el caos, o para agredir colegios religiosos y escuelas públicas, haciendo que en forma desgarrada y dramática se oyerá recientemente la voz de una Madre Superiora, cuyo eco quedó circundado del mayor silencio, sino que ni siquiera, cuando la metralla ha desgarrado carnes indefensas o segado vidas inocentes, con vesánica y criminal indiscriminación, se han levantado esas voces...

Cabía adivinar el gesto de estupor en Santiago de Cuba. Nadie podía suponer al vicepresidente de la firma Bacardi promoviendo el caos económico del país o a los Caballeros de Colón o la Junta Diocesana de Acción Católica aplaudiendo el torpe atentado a monjas y conventos. De igual manera resultaba insólito que el Colegio de Maestros patrocinara el incendio de centros docentes.

La misma integración de las organizaciones cívicas las colocaba por encima de imputaciones y sospechas. Por mucha que fuera la impopularidad del régimen de Marzo en el solar de los Maceo, no podía serlo tanto como para que rotarios, leones, católicos, masones, evangélicos, comerciantes, industriales, periodistas, instituciones de recreo, cultura o beneficencia, convergieran en un común propósito subversivo.

Hasta de las piadosas rogativas por los muertos extraía Santiago Rey nuevos indicios de culpabilidad. Era Santiago de Cuba la que se sentaba en el banquillo.

—Se ha escenificado —prosiguió— un largo rosario de simulados actos de dolor y de luto, para que la prensa nacional y extranjera divulgara la falsa existencia de un estado general, que no era, al fin y al cabo, otra cosa que parte de un plan guerrillista.

Como conclusión, SR deploró que las medidas represivas aplicadas en la capital de Oriente no fueran todo lo rigurosas que debieran.

—La función de gobernar —afirmó— impone una serenidad y una ponderación que este Gobierno presume de observar con ejemplar conducta, y hasta a veces, quizás, con exagerada benevolencia.

El general Pedro Rodríguez Avila, jefe del Regimiento Maceo, también contestó el manifiesto de la sociedad santiaguera. Paradójicamente, el hombre de armas cultivó un lenguaje mesurado y sereno, sin arrogancias ni amenazas. Formuló quejas e hizo observaciones, pero enmarcadas dentro de lo que calificó su "más elevado concepto de la sociedad y ciudadanía santiaguera".

Hubo un reconocimiento tácito a las razones aducidas por las instituciones protestantes. Donde el ministro civil constataba "excesivas benevolencias", el jefe militar veía acontecimientos "dolorosos y lamentables".

—He condenado como el primero los últimos acontecimientos, dijo. Es de lamentar que tales hechos se sucedan. Todos estamos obligados al cumplimiento de las leyes de la República. Pueden tener la seguridad la ciudadanía santiaguera que de nuestra parte esta-

en CUBA

remos prestos a propiciar la mejor convivencia social.

—El grito de Santiago encontró ecos de solidaridad. El noticiero CMQ, tan distante del sensacionalismo, recogió en uno de sus editoriales el cuadro de terror entronizado en la bravia ciudad de las montañas.

—Según se nos informa desde Santiago de Cuba, se ha implantado allí de un modo factual el toque de queda, a pesar de que las garantías constitucionales no están suspendidas ni la ciudad ha sido declarada en estado de sitio. Las personas que se ven obligadas a transitar por las calles, después de las nueve de la noche, corren el riesgo de ser intimidadas y hasta de ser maltratadas físicamente por el solo hecho de hallarse fuera de sus casas. Ya no se trata de proteger a la ciudadanía pacífica contra los adulteradores del orden, sino de limitar los movimientos de esa ciudadanía pacífica hasta el punto de que en horas de la noche, Santiago de Cuba da la impresión de una ciudad desierta. El vecindario santiaguero se halla entre dos fuegos.

Por su parte, el conjunto de instituciones cívicas, profesionales y fraternales, con sede en la capital, hizo suyo el pronunciamiento oriental. No se trataba ya de apelaciones a una generosa solución nacional, sino de algo tan elemental como el reclamar respeto para la vida humana y consideración para la dignidad del ciudadano.

Entretanto, la Sala de Gobierno de la Audiencia designó al doctor Manuel Mestre Tamayo, juez especial para conocer de las causas radicadas por el cuádruple asesinato del lunes 27. Se hacía constar en

el acuerdo que la ola de crímenes había provocado extraordinaria conmoción pública y que en el caso del joven Joel Jordán lo habían arrebatado de los brazos de su madre.

Era criterio general que el noble esfuerzo de la justicia se perdería en el vacío, ahogado por las "circunstancias ambientales". Al cabo de seis meses, no se había adelantado un solo paso en el esclarecimiento de la vendimia de sangre de Pascuas y Año Nuevo. El asesinato de Pelayo Cuervo permanecía envuelto entre las sombras.

SIERRA MAESTRA.

La Guerra Total

EL documental cinematográfico de la Columbia Broadcasting System clausuró un capítulo en el itinerario de la Sierra Maestra. Se sabía que después de ese sensacional reportaje, testimonio vivo de la presencia rebelde en las montañas, se romperían las hostilidades, poniendo fin a largas semanas de dudas y rumores.

Las fuerzas del 26 de julio acampaban en las cimas, mientras el Ejército cuidaba las bases, inmovilizándose recíprocamente. Para producir el choque, era necesario que aquellos descendieran o que los otros treparan a las cumbres. La incógnita, cargada de implicaciones militares y políticas, consistía en conocer cual de las partes asumiría la iniciativa.

El puesto de Uvero, en la costa sur, era uno de los puntos avanzados al pie de la cordillera. Al norte estaba el santuario del Co-

bre y cincuenta kilómetros al oeste la atormentada Santiago. La guarnición — sesenta hombres — con su movimiento de camiones y de "jeeps", ponía una nota de animación al par que de inquietud en el sosiego campesino.

Era la madrugada del lunes 27. Los centinelas rendían su guardia, con la atención relajada por largo tiempo de paz y de silencio. Al oriente, el cielo, en leves tonalidades púrpuras, anticipaba el alba. Al borde del campamento empezaba el lomerío, envuelto en sombras.

De pronto tabletearon las ametralladoras y la noche se llenó de gritos y estampidos. Era la terrible lucha de guerrillas incorporada a la guerra moderna, en las nuevas tácticas de comando, donde el éxito se confía al factor sorpresa y al volumen de fuego de las armas automáticas. Se trataba de un audaz golpe fidelista.

La vanguardia insurgente se había infiltrado hasta las postas, que en número de ocho protegían el puesto. Cuando la guarnición se aprestó a la defensa ya los tiros de bazuca barrían el campamento. Los telegrafistas fueron de los primeros en caer heridos, sin que pudiera precisarse si tuvieron ocasión de comunicarse con el apostadero naval de Chivirico, demandando auxilio.

Los soldados, en inferioridad numérica y en desventaja táctica se esparcieron por los bohios aledaños improvisando la resistencia. El combate se segmentó en una porción de pequeñas acciones aisladas. En un paréntesis de la pelea se escucharon voces demandando la rendición.

—¡Están copados! ¡Les garantizamos la vida!

Cesó la lucha y empezó la dolorosa faena de recoger los muertos y asistir a los heridos. Al frente de los rebeldes estaba un joven de rostro lampiño, protegido con un casco de acero. Era Raúl Castro quien había dirigido la operación sobre Uvero. En seguida ordenó que alistarán una flota de camiones de la maderera Babum para trasladar el botín capturado, que incluía viveres, medicinas y equipos de radiotelegrafía. Por la mañana continuaba la requisita.

RC dirigió la palabra a los prisioneros y luego conversó con algunos de ellos en relación con el traslado de los heridos. Cuando estuvieron listos los transportes ordenó a un grupo de la guarnición que subiera a los vehículos. Entre ellos, un oficial del cuerpo médico. Días más tarde, el jefe de los insurgentes dispuso que los dejaban libres.

Poco después de haberse retirado las fuerzas del M-26-7 se acercó a la costa el cañonero 109, de la Marina de Guerra, haciendo disparos de cañón sobre el puesto, presumiendo que todavía se encontraban allí los rebeldes.

En Santiago de Cuba, la sensible antena popular percibió la dimensión de los acontecimientos que se venían desarrollando a corta distancia de la ciudad. Por entre la confusa marejada de especulaciones no tardó en filtrarse la verdad de lo ocurrido. El reportero de EN CUBA localizó detalles y comprobó testimonios para fijar las circunstancias del sangriento choque.

Se conoció que en el cementerio de Santa Ifigenia se encontraban los cadáveres de dos insurgentes que sucumbieron en la acción. Ambos estaban en proceso avanzado de descomposición. De una fragata de la marina fueron bajados numerosos militares heridos, conducidos al



LA GUERRA Y LA PAZ.

por ARROYITO.

La Palomita Cubana: —¡Ay, abuelita, qué boca más grande tienes!

hospital Castillo Duany y luego a La Habana.

Mientras, el boletín expedido por el estado mayor aludía al combate de Uvero, limitándose a consignar que hubo bajas por ambas partes. En la fortaleza militar de Columbia, las banderas nacional y la del 4 de septiembre fueron izadas a media asta en señal de duelo.

Los cadáveres de los soldados caídos fueron expuestos en el club de oficiales del cuartel Moncada. Junto a las modestas cajas, sollozaban esposas y madres. La identidad en el sufrimiento las hermanaba a otras madres y a otras esposas, que en la orilla opuesta, afrontaban iguales penas. La gran tragedia nacional afectaba a todos los hogares. El luto de Santiago no tenía matices sectarios.

Había otros muertos que parecían olvidados. Eran los alistados que procedían de otros regimientos, sin familiares ni amigos en la capital de Oriente. Habían venido desde rincones distantes del país para morir en la Sierra Maestra, alejados de los suyos, en una triste guerra en la que Cuba resultaba la primera de las víctimas.

El sepelio se efectuó el miércoles 29. Abría la marcha un carro con coronas, la banda de música, un arnés y diez carros fúnebres. Una doble fila de alistados en uniforme de campaña, con el fusil a la espalda, flanqueaba el cortejo. Antes, bajo vigilancia militar, pero por motivos distintos, había pasado el entierro de los jóvenes asesinados. Tiempo hacía que Santiago vivía aquellos desfiles—castrenses y civiles— hacia Santa Ifigenia.

El buró de información regimental ofreció la relación de bajas. Muertos: sargento Néstor Domínguez González, cabos Pedro Lorenzo Hernández y Eduardo Fundora, soldados Rigoberto Montoya Rodríguez, Oscar Rodríguez, Aurelio Hernández Milán, Rigoberto Figueroa, José R. Guedes, Rodolfo Antúnez, Lorenzo Díaz y Francisco Hernández Rodríguez.

La lista de heridos excedía a la veintena. Además, en la sala de presos del hospital Saturnino Lora era asistido Mario Leal Palomo, reportado como fidelista, y quien recibió un balazo en la cabeza durante el combate del Uvero. Los médicos Ferial Mora y Morán Arce le practicaron la trepanación del cráneo. Su estado, dentro de la gravedad, era satisfactorio.

La identidad de los revolucionarios muertos en el ataque al puesto de la costa sur y la del herido Leal constituían motivo de especulaciones en el ámbito santiaguero. Según unos, los dos insurgentes habían caído en un encuentro que tuvo lugar en Guisa y no en Uvero. Al decir de otros, Mario Leal no pertenecía en realidad a las fuerzas del 26 de julio. Los más se inclinaban a dar como cierta la versión del regimiento uno, identificando al camagüeyano como un combatiente de la sierra.

El puesto de Uvero fue renovado inmediatamente. De los fidelistas sólo se sabía que habían desaparecido con su convoy de camiones. Lo mismo podían haber retornado al Pico Turquino como hallarse, en uno de sus peculiares desplazamientos tácticos, retrocediendo hacia el oeste, volviendo sobre lo andado a partir de playa Colorada.

La acción del sur de Oriente se anunció el propio día que la de la zona norte. Se estableció un equilibrio en el balance de victorias y derrotas. Ninguna parte pudo festejar su porción de éxito. Empero, el frente de la Sierra del Cristal

en CUBA

ólo exhibía perfiles secundarios. La clave del conflicto seguía radicando en la cordillera principal.

En su residencia de Columbia, el presidente Batista recibió y despachó con los altos jefes militares. El general Cantillo informó de su rápida visita a Santiago, donde transmitió las instrucciones para el funcionamiento de una directiva de estado mayor para las operaciones en las montañas. El propio Cantillo anticipó los lineamientos generales de la futura estrategia.

—La directiva de operaciones que fue estudiada la noche anterior, explicó, será llevada a cabo en un plan progresivo, que permitirá una persecución de tal forma que obligará a dar batalla a los rebeldes. Se ha tenido en cuenta la situación de los vecinos, cuyas familias deben salvarse de los contratiempos posibles. En esa forma las operaciones se realizarán de acuerdo con la estrategia y la táctica dispuestas.

El general Tabernilla, contestando un interrogatorio de los reporteros, englobó a los expedicionarios del Corinthia bajo el rótulo genérico de fidelistas. De igual modo contempló los inminentes trajes en términos de provincia y no de zonas específicas.

—No puedo decir cuantos hombres y qué cantidad de equipos hemos enviado a Oriente, pero sí puedo afirmar que tenemos suficiente personal y equipos para controlar y batir a los rebeldes.

Al siguiente día, tras entrevistarse con el líder del marxismo, Tabernilla fue más explícito.

—El único brote es el de la Sierra Maestra, el cual es perseguido por fuerzas del Ejército, aunque no obstante estar internados la táctica

seguida los forzará a establecer contacto en cuya etapa el Ejército está preparado para terminar con ese brote.

Existía, pues, un plan de singular envergadura destinado a rendir la montaña. Cantillo, asistido de los oficiales de la sección G-3, había trazado las operaciones. Por los círculos periodísticos y muy pronto en la calle rodaba el comentario fluctuante entre el espanto, la incredulidad y el escepticismo.

—¿Sabes? Le van a dar candela a la sierra, de punta a punta...

Se hacía difícil creerlo, tanto por simples consideraciones de logística militar como por razones humanas. No obstante, el rumor ganó fuerzas y estalló en la letra de molde. La noticia se difundió por la vía espectacular de la Prensa Unida.

—El presidente Fulgencio Batista se hizo cargo de la campaña militar contra los rebeldes cubanos, aseveraba Mc Carthy. Hay indicios de que está dispuesto a establecer "zonas de muerte" en la región sudoriental de Cuba para impedir la infiltración de los insurrectos.

—El mayor general Francisco Tabernilla dijo que el plan de operaciones está destinado a obligar a los rebeldes a presentar batalla. Manifestó que la estrategia se llevará a la práctica en forma "progresiva" e indicó que tal vez sea necesario evacuar a algunas familias de la zona de operaciones.

El anuncio: —Los observadores afirman que la evacuación será probablemente primer paso para el establecimiento de las llamadas "zonas de muerte".

—Tras la evacuación de los ci-

viles, las tropas del Ejército recibirán probablemente la orden de dar muerte a toda persona que sea hallada en esa zona, afirman los observadores.

Simultáneamente se hicieron público algunos aspectos de la proyectada ofensiva. La base de los bombarderos de la FAE sería establecida en Camagüey. De allí partirían los aparatos con su carga de bombas y napalm para rociar la cordillera de norte a sur y de oeste a este, saturándola de explosivos. En suma, la "coventricación" de la Sierra Maestra.

Podía intentarse. El gobierno controlaba el espacio y sus escuadrillas no iban a ver sus raids interceptados por cazas enemigos. Tampoco los rebeldes disponían de artillería antiáerea. Los pilotos del Ejército estaban en una situación de privilegio para actuar sin riesgos. De otro lado, sin embargo, cabía señalar la enorme superficie de la sierra, casi el equivalente a la provincia de La Habana.

Batista respondió a un cuestionario de Arroyo Maldonado, gerente de la Prensa Asociada. Negó que hubiera asumido la dirección de la campaña.

—Los mandos, expresó, se están ejerciendo por las jefaturas respectivas, que tienen a su cargo el orden público en toda la nación.

Y a continuación: —En términos militares no conozco que se declaren "zonas de muerte" en las áreas en que se desarrollen operaciones.

Confirmó la evacuación en masa de los "montunos".

—Es natural que el Ejército tome medidas de precaución para que las familias campesinas que viven en aquellas regiones no sufran daño alguno. La conservación del orden en el país ha impuesto que se vaya a terminar con ese brote. Pero ni hay declaradas "zonas de muerte", ni creemos que tales términos existan en la fraseología militar.

Empezó el éxodo compulsivo. En la noche del viernes 31, fondó en Santiago, junto al muelle Romero, la patana Corsario Chivirico, conduciendo más de un centenar de guajirios, hombres, mujeres y niños. Formaban la vanguardia los evacuados. Muchas familias habían sido arrancadas de su asiento de generaciones.

Se les alojó provisionalmente en los muelles de la Aduana. Al aumentar los contingentes, los instalaron en el nuevo hospital y en el edificio de la Cruz Roja. Era un espectáculo deprimente y doloroso que la sociedad cubana sólo conocía a través de las pantallas del cinematógrafo. Gentes que nunca habían salido de su suelo y que miraban a todas partes con ojos de miedo. Los niños, asustados, se aferraban a las faldas de las madres.

Una anciana de pelo blanco, con trazos de ancestro indio en el rostro surcado de arrugas, apretaba entre sus brazos un pequeño cerdo. Otra había traído una gallina. Un montuno no quiso dejar atrás a su vaquita. Santiago olvidó sus propios pesares para volcar su generosidad entre aquellos seres desgraciados, víctimas inocentes de la pugna civil.

Atrás dejaron hogar, siembras y ganado. Algunos hogares optaron por unirse a los rebeldes antes de abandonar las montañas nativas. Manuel Abreu — mujer y nueve hijos — describió el patético cuadro de angustia y de miseria. El alcalde demandó créditos urgentes para atender la alimentación de los refugiados.



EN LA BICAMERAL.

por ARROYITO.

—¡El pueblo llama!

La guerra total, el bombardeo de saturación, la tesis de la tierra arrasada, peculiaridades de los conflictos bélicos de la época, se conjugaba con un viejo recurso militar, ya inscrito en la historia patria como una página de horror. El vocablo terrible —reconcentración— dejó de ser un capítulo en los textos escolares para derivar en realidad.

Las Instituciones femeninas de Santiago de Cuba enviaron un telegrama al jefe del Ejecutivo:

—Profundamente alarmadas por el doloroso e inhumano espectáculo que ofrecen las familias desplazadas de la Sierra Maestra, nos mueve a suplicarle, en nombre de Dios, de su propia familia y de nuestra civilización, que revoque la orden de bombardeo de la Sierra Maestra y se detenga el desalojo de los hermanos nuestros para evitar consecuencias similares al año 1896.

Un amargo chiste de Carlos Robreño en su columna de "El Mundo":

—Vamos a ver, Pepito, hablemos de la Reconcentración.

—Espere, maestro, a que acabe de leer los periódicos de hoy.

El distante resplandor de la sierra se reflejó en el recinto congressional. Mientras en la cordillera se libraban batallas y mataban y morían cubanos en nombre de ideales o deberes, los bicamerales escenificaban el forcejeo subalterno de las cédulas.

—¡Si anulan los carnets, nos vamos de aquí!

—Si los habilitan, abandonamos la comisión.

Raúl Lorenzo ensayó atraer la atención de sus colegas hacia Uvero, Santiago y el Corintia. Se dirigió al primate baracoense, planteando la suspensión del debate electoral para demandar del gobierno una tregua en las hostilidades.

—Tenemos que hacer todos los esfuerzos a nuestro alcance para que no se siga derramando sangre cubana de civiles y militares. El doctor Castro, no es sólo jefe de un grupo de rebeldes acampado en la Sierra Maestra, sino el líder de un movimiento organizado en todo el país. Creo que debe hablarse con él y con el doctor Prío para buscar puntos posibles de avenencia patriótica, sobre la base de fijar los medios que efectivamente garanticen que el pueblo cubano decidirá en las urnas su destino.

Y puesto que el villareño había tocado a las puertas de Anselmo Alliegro, Juan Amador Rodríguez, celoso de sus laureles de compositor, decidió apelar directamente a Batista. El líder del PNR pidió un armisticio de treinta días para llevar a cabo "los esfuerzos requeridos, patrióticos y humanos capaces de consolidar una situación de paz."

Una y otra iniciativa pasaron sin huella. En los predios del marxismo había prendido alegremente la idea de la blitz contra la Sierra Maestra. El movimiento de aviones, tropas y artillería con destino a Oriente continuó sin interrupción. Como en los atolones del Pacífico, en vísperas de experimentos atómicos, se aceleró el traslado de los "nativos" para proceder a calcinar la cordillera.

Ni Columbia ni el Capitolio contestaron. En cambio, un nuevo elemento de alta significación espiritual se insertó en el panorama. La Iglesia se alzó en mitad de los caminos de odio. Si avanzaban los planes, las llamas iban a iluminar

trágicamente el santuario del Cobre.

El jueves 30, el Arzobispo de Santiago de Cuba, Monseñor Pérez Serantes, emitió una pastoral. Se dirigía específicamente al pueblo de Oriente, pero su contenido desbordaba el ámbito regional para llamar a todas las puertas cubanas.

Sus palabras:
—Ante el estado de terror y de violencia que venimos contemplando en una rápida carrera de disgustos, de incomprensión y de represalias, provocados por hechos de todos conocidos, hemos guardado silencio esperando que los hombres de buena voluntad de los bandos contendientes dieran solución satisfactoria al estado de aguda crisis a que tristemente hemos llegado y que todos deploramos.

Aludió discretamente a sus gestiones anteriores, enderezadas a subir a las montañas en misión de paz. Entonces no encontró calor en los predios gubernamentales. Se le hizo saber, de manera indirecta, que su esfuerzo resultaría inoperante, "porque en la sierra no quedaba nadie".

—Pensando así, recordó el noble

sacerdote, hemos dado tiempo al tiempo, defraudando quizás más de una vez las esperanzas y las súplicas de muchas madres que, doloridas, nos pedían que actuásemos en este pleito tan enojoso, tan intrincado y de tanta trascendencia.

El mensaje:
—Primero: que el presente estado de cosas debe ser liquidado lo más pronto posible, pero no a sangre y fuego, por no ser estos elementos los que pueden propiciar la paz verdadera y estable que necesitamos urgentemente.

—Segundo: que siendo el sacrificio la medida del amor, debemos estar todos dispuestos a abrazarnos con el sacrificio, el que sea más costoso en aras de la paz por la cual debe interesarse todo el que en verdad ame a Cuba.

Una severa referencia a los apologistas de la guerra total:

—Tercero: Puesto que los hombres parece que han dicho ya la última palabra, y la paz, como suele ocurrir en estos casos, se aleja cada día más de nuestra sociedad, que se halla literalmente consternada y llena de espanto, brindamos un recurso del cual no se ha echa-



HERBERT L. MATTHEWS

Silenciosamente, a la manera de los grandes cazadores de noticias —las de trasfondo, que son las mejores— regresa a Cuba un personaje inolvidable: el veterano corresponsal internacional Herbert L. Matthews, jefe de la sección de editorialistas del New York Times, autor hace pocos meses del reportaje más sensacional para la Isla, la entrevista con Fidel Castro en la Sierra Maestra, fuente de una resonante polémica entre figuras del gobierno de Batista y el veraz periodista norteamericano. La opinión se pregunta qué nueva pesquisa de alto vuelo inspira la actual visita del liberal Matthews, sin duda relacionada, como todas las suyas, con algún acontecimiento trascendental.

do mano hasta ahora. Nos falta invocar el auxilio de lo alto, el favor de Dios, dador de todo bien y por aquí vamos a comenzar para tratar de devolver a nuestro pueblo la paz, la confianza y la seguridad perdida, sin las cuales el vivir es una continua angustia y un tormento.

Como primera medida, el prelado ordenaba que el domingo 2 todas las Iglesias de la archidiócesis, convocados los fieles de antemano, se celebrara una hora santa "delante de Jesucristo sacramentado, solemnemente expuesto". La ceremonia finalizaría con la bellísima oración por la paz, del arzobispo de Pinar del Río.

—A estos actos —concluía la pastoral— invitamos a nuestros amados diocesanos, y les sugerimos acudir al trono de nuestra excelsa patrona, la santísima virgen de la Caridad de El Cobre, donde ella seguramente habrá de despachar favorablemente nuestra súplica, alcanzándonos de su hijo Jesucristo la sabiduría infinita que inspire a todos los cubanos el camino a seguir para lograr la mayor comprensión necesaria y la debida inteligencia propia de hermanos, a fin de que no se derrame más sangre en nuestro suelo, que cese el llanto y la angustia, y que en un ambiente de amplio y limpio espíritu cristiano de unión perfecta y de amor, renazca la tan anhelada paz.

Los obispos de Matanzas y Pinar del Río expresaron su adhesión al pronunciamiento de Pérez Serantes. En el drama cubano— ya todos eran beligerantes— las oraciones iban a probar su eficacia frente al ejercicio de la fuerza.

El día 2 repicaron las campanas de los templos de la capital oriental, llamando a los fieles. Esta vez, los bronces sonaron de manera distinta. Al cumplimiento de los deberes religiosos se incorporaba una cálida finalidad patriótica.

La vieja catedral colonial fue el punto de la noble cita. Dentro todo era recogimiento y terror. Afuera se extendía el inevitable cordón de vigilancia. Al terminar la misa, las mujeres santiagueras, en sus vestidos de luto, salieron en manifestación, al amparo de la bandera y enarbolando cartelones con demandas de paz y el cese del terror. Igualmente pedían que fuera retirado el supervisor policiaco, coronel José María Salas Cañizares.

Sólo pudieron llegar al parque Céspedes, inmediato a la iglesia. Al tomar por la calle San Pedro, las interceptó la fuerza pública cortando la pacífica demostración. Salas Cañizares dirigió la operación de bloqueo, cerco y captura. Un grupo de treinta y seis mujeres, exponentes de todas las clases sociales de la capital de Oriente, fue conducido a los cuarteles de la plaza instalados en el edificio del gobierno provincial. Al siguiente día, ingresaron en el vivac acusadas de desorden público.

El estado mayor expidió sucesivos boletines sobre las hostilidades en las faldas del Turquino. Se había descubierto un indicio importante: un rastro de sangre. El general Rodríguez Avila asumía la dirección de la campaña. Empezaba la batalla de la Sierra Maestra.

EL PANORAMA.

Luz y Sombras.

A LAS 11:10 de la mañana del jueves 30 se restableció el servicio eléctrico. Uno de los técnicos de la CCE, al frente de los